

Cuando miramos

La contemplación a diario y en cualquier momento, lugar y situación de la vida, sin ni siquiera salirse del reducido entorno en que se gravita, suele deparar inexorablemente curiosidad instintiva, cuando menos a la vista y un sin fin de sensaciones en cuyo análisis de cada una gastaríamos mucho tiempo, a la vez que un derroche de imaginación, ingenio cabalístico, que nos conduciría a un mar de conclusiones todo lo curiosas y pintorescas como fuésemos capaces de admitir. Esas profundas y confusas imágenes, constituyen con frecuencia laberínticas odiseas del alma y del espíritu, por donde conjuntamente se mueven las más fantásticas aventuras y deseos.

Bien poco cuesta dar alas a nuestra imaginación cuando miramos y constituye un sanísimo ejercicio mental al alcance de cualquiera. Pocos serán capaces, cuando posan su mirada sobre algo, de no dejarse llevar por una sutil imaginación que surge entonces, que todo lo invade y dibuja en lo más adentro de sí mismo y para sí solo y sin concesiones, un cúmulo de grandes fantasías, creándose la idea entre el sujeto o el objeto que se mira, que quién sabe si también en ese mismo momento participa sin que lleguemos a aperebimos de ello, a que los sentidos definan la imagen que bulle dentro.

Qué piensa el otro cuando te mira, cuando se establece el contacto inmaterial, pausado o velocísimo cual mismo rayo, es difícil imaginar. Y sin embargo no cabe la menor duda que en todos y cada uno de los encuentros, la mirada transmite lúcida e impecable la idea al cerebro y la imaginación siempre dispuesta plasma el perfecto retrato a su comodidad, distinto tantas y cuantas veces los ojos miren. Y ante la escena siempre viva que contemplamos cuando miramos, siempre queda dibujado en nuestro pensamiento el estereotipo más singular, el ideal del pensamiento más noble y puro, el..